

Laura Balagué Gea

**MUERTE
ENTRE
LAS
ESTRELLAS**



La oficial Carmen Arregui está encantada ante la perspectiva de una semana de vacaciones durante el Festival de Cine de San Sebastián. Junto a su amiga Miren ha estudiado el programa y seleccionado las películas que van a ver. Además, juntas tienen planes para disfrutar del agradable otoño donostiarra, comer fuera de casa y ver a todos los famosos que se dejen caer por la ciudad. Los planes se truncan cuando es hallado el cadáver de un miembro del jurado y Carmen debe aplazar sus vacaciones para trabajar en el caso.

La investigación se mezcla con la vida cotidiana de la protagonista: la convivencia con su marido y los problemas con sus hijos y con su anciana madre, que no se resigna a envejecer.

La novela nos muestra la ciudad y su festival desde distintos ángulos. Carmen va a tener oportunidad de conocer a más famosos de los que hubiera soñado nunca y comprobar que el glamur no siempre brilla tanto como parece.

*A mi tía Montse,
de la que espero haber heredado
siquiera un poco de su generosidad,
su fuerza y su capacidad de disfrutar de la vida*

Capítulo 1

—¿Una actriz porno? —preguntó Carmen asombrada.

—Saskia no-sé-qué. Ha habido mucho revuelo en los periódicos porque estuviera en el jurado —contestó Miren.

—Somos más de pueblo que las amapolas.

Las dos amigas estudiaban el programa del festival de cine mientras tomaban una copa de vino blanco en una terraza frente al río.

—Si dejamos la turca, podemos ir a ver la iraní a las nueve, y a las doce la de Meryl Streep en el K2 —dijo Miren con expresión concentrada.

—¡Pero es que yo quiero ver la turca! Y es el último pase. La anterior película de esta mujer era preciosa, ¿no te acuerdas? Y la iraní será de mucho llorar...

—Bueno, de llorar hay que ver por lo menos una al día; si no, no es nuestro festival.

—No digas, desde que llegó Rebordinos la cosa ha cambiado y es mucho más variado que antes.

—Ya, pero este año no está; ha subido de categoría. A ver qué tal es la nueva directora, ¿cómo se llamaba?

—Lidia Mayor. ¿Tú crees que Rebordinos será más feliz en Cannes?

—No sé, me imagino que es una oportunidad que no puede desaprovechar. Pero venga, vuelve a los horarios que mañana hay que ir a por las entradas y aún no lo tenemos todo cuadrado.

—A lo mejor tenemos suerte y vemos a Ricardo Cereceda de cerca —dijo Miren—. ¡Qué hombre tan interesante!

—¿Presenta alguna película?

—No, mujer, es el presidente del jurado. Yo sé dónde se sientan. Si vamos pronto podemos ponernos cerca y verlo.

—Te lo sabes todo...

—Son muchos años de festival, qué te crees. Este año el jurado dará mucho que hablar: entre Cereceda, la chica esta tan mona, ¿cómo se llama? Ana Ponce, y la actriz porno...

Siguieron un buen rato enfrascadas en el rompecabezas de las películas, los horarios y la aventura que suponía elegir entre un director coreano desconocido o una película de policías irlandeses corruptos.

Carmen estaba radiante. Por fin iba a poder coger una semana entera de vacaciones y disfrutar del festival de cine de principio a fin. Ya había advertido a su familia que no contarán con ella para tareas domésticas, compras ni comidas. Comerían donde les apeteciera, aprovecharían para ver todas las películas posibles, pasear por la playa y tomar café en el hotel María Cristina con la esperanza de ver algún famoso. Su amiga era una asidua al festival y siempre se reservaba una semana de sus vacaciones para ir, pero Carmen dependía de muchas cosas para elegir las vacaciones; entre otras, cuándo el comisario Landa decidía coger las suyas. Solía hacer malabares para ver el máximo número de películas en su escaso tiempo libre. Pero este año Landa iba a hacer un viaje a Vietnam en noviembre y Carmen había podido conseguir esa semana que tanto deseaba.

Entró en casa tarareando y colgó la chaqueta en el perchero. Un olor a sopa de pescado inundaba la casa. En la cocina Mikel, su marido, se movía con destreza entre los pucheros.

—Huele fenomenal. ¿Viene Ander a comer?

—Sí. Y he recibido un mensaje de Gorka.

—¡Hombre! ¿Qué tal está? ¿Qué cuenta?

—Poca cosa. Pide dinero.

Carmen suspiró. Su hijo mayor estaba de erasmus en Suecia. No llevaba ni un mes, pero por lo visto sus cálculos económicos habían resultado ser muy optimistas. Con todo, nada podía amargarle el día. Empezó a poner la mesa a la vez que explicaba a su marido la selección de películas, la estrategia que iban a seguir para comprar las entradas, qué actores visitarían la ciudad...

—Entonces, tú tienes que sacarnos las entradas que te he apuntado aquí por internet, porque dice Miren que son las que se acabarán antes. Nosotras iremos a las siete a la cola y...

Mikel la interrumpió.

—Ha llamado tu madre.

Carmen puso cara de “¡Ahora no, por favor!”.

—¿Qué quería? —preguntó preocupada.

—Se ha vuelto a pelear con la chica. Espera —dijo cuando ella ya iba dando zancadas hacia el teléfono—. Vamos a comer primero; si no, te sentará mal la comida.

Carmen continuó poniendo la mesa.

—¿Por qué nos lo pone tan difícil? ¿Por qué no acepta que ya no puede vivir sola?

—Porque no es fácil de aceptar. Siempre ha sido una mujer dura e independiente y no soporta sentirse desvalida. Tú serás igual cuando envejezcas.

—Pues no me servirá de mucho; dudo que Gorka y Ander tengan muchas contemplaciones. Me pelearé con las monjas de la residencia.

—Ya no habrá monjas.

En ese momento entró Ander en la casa. Después de besar a sus padres, se sentó a la mesa con aire cansado.

Carmen se preguntó por qué los jóvenes que estaban en la plenitud de la fuerza y la vitalidad parecían siempre agotados y desmadejados.

—Mañana empiezo a las ocho, ¡uf!, qué palo.

—¿Aún no has empezado y ya estás cansado? —preguntó su madre mientras servía la sopa.

—Es que hoy tenemos cena. Es el cumpleaños de Jon.

—¿Qué te toca hacer? —se interesó su padre.

—Mañana dar números. Creo que cada día te dicen lo que has de hacer el siguiente. Irati está vendiendo los programas.

—¡Ah! Sí, la he visto esta mañana. Estaba muy guapa con el uniforme.

Su hijo la miró con aspecto de no compartir la opinión.

—¿Qué pelis has elegido, *ama*?

Carmen le enseñó el programa y las películas marcadas en fosforito que habían seleccionado. Ander hizo alguna sugerencia y señaló algunas que intentaría ver él. Carmen lo miró con orgullo. Su hijo compartía la afición por el cine y en el último año se había vuelto casi humano. Las relaciones padres e hijos le hicieron pensar en su madre. La llamó y procuró tranquilizarla con la promesa de pasar pronto a verla y hablar del tema. Luego se amodorró un rato en el sofá con una mala película soñando con las vacaciones.

El lunes a las ocho menos cuarto ya estaba en comisaría. Se sentía pletórica. Solo iba a trabajar hasta el jueves y, aunque tenía bastantes cosas pendientes, era trabajo administrativo, un poco aburrido pero que no requería de mucha atención ni energía. Al poco rato llegó Lorena, una de las agentes que habitualmente trabajaba con ella, y le explicó su expedición en busca de entradas.

—A las siete ya estábamos allí. ¡Y nos dieron el número ciento diez!

—¿Por qué no las coge por internet?

—No me fío, algunos años ha fallado la plataforma. En el ordenador tenía a Mikel para coger las que primero se agotan. Además, yo disfruto hasta de la cola: se hacen amigos, se comentan películas, se reciben consejos. Forma parte de los ritos sagrados del festival.

—¿Y ha cogido muchas entradas?

—Veintitrés —contestó Carmen orgullosa.

—¡Qué barbaridad! Yo al final liaría unas con otras.

—A ver si tenemos suerte y hemos acertado, porque en el festival vas siempre un poco a ciegas.

Al poco rato llegaron los otros miembros de su equipo: Aduriz y Fuentes. Aduriz seguía siendo tan tímido como el primer día que llegó de la academia, aunque era concienzudo y competente. Fuentes era el polo opuesto: arrogante, seguro de sí mismo, misógino y chapucero. Una verdadera joya que Carmen aguantaba con todo el estoicismo que podía y con la táctica de mandarle siempre tareas lo más alejadas posible de su presencia.

—Ya estamos con la mierda de festival. Como cada año, todo lleno de guiris, las mujeres como locas por ver famosos y unas películas que no las entienden ni los que las han hecho —dijo hojeando el periódico nada más llegar.

—Sí —contestó Carmen—, ya no se hacen películas como las de Paco Martínez Soria, aquello era cine.

Fuentes acusó el sarcasmo y respondió muy digno:

—Por lo menos con aquellas te reías.

Carmen, sin hacerle caso, siguió hablando con Lorena.

—Tengo entradas para la gala del Premio Donostia.

—Se lo dan a un italiano, ¿no?

—Sí, a Giovanni Castellari. Tú eres muy joven, pero era un hombre guapísimo. Rodó con los mejores directores italianos y también en Hollywood. Voy a llevar a mi madre, a ver si se anima un poco.

Charlaron unos minutos más y luego Carmen se metió en su despacho a redactar varios informes pendientes hasta la hora de comer.

Mikel solo tenía clase por la mañana y quedó en pasar a buscarla. Comieron algo en la terraza de Eceiza y Carmen tuvo la sensación de estar ya de vacaciones.

—No hay nada como un día de sol de septiembre —suspiró.

—Sobre todo cuando estás a punto de empezar una semana de vacaciones de trabajo y familia.

—¡Y que esto lo tenga que oír de un hombre que acaba de disfrutar de dos meses y que durante el año tiene en Navidades, semana blanca, Semana Santa y no sé cuántas cosas más!

—Pero dar clase es muy estresante...

Mikel intentaba provocarla, pero Carmen, sin entrar al trapo, murmuró algo sobre que solo por aguantar a Fuentes se merecía tres años sabáticos y se levantó con pereza; hubiera dado a gusto un paseo hasta el Peine del Viento.

El día acabó sin novedades y el resto de la semana pasó rápido, intentando acabar con todos los flecos colgando para asegurarse de que no la llamaran durante sus vacaciones. Por fin llegó el jueves a mediodía. Dio varias instrucciones a Aduriz y a Lorena, se entretuvo un momento charlando con el comisario Landa y se despidió de todos diciendo:

—Ni se os ocurra llamarme, a todos los efectos es como si estuviera en Camerún, en una zona sin cobertura telefónica. Es más, voy a apagar el móvil para que no me molestéis.

—Descuide, jefa. Páselo bien y ya nos contará qué pelis merecen la pena —contestó la chica mientras Aduriz asentía con una sonrisa.

Capítulo 2

Carmen estaba tomando café después de comer en la terraza de su casa. Repasaba los horarios y eventos del día siguiente con emoción: a primera hora *Förbjuden kärlek*, luego tomarían un café y a las doce la francesa. *¿Pourquoi pas?*, anunciada como la comedia que había arrasado en el Festival de Cannes. Luego, quizás un aperitivo en el María Cristina para ver famosos, después comida y siesta porque hasta las siete no tenían la holandesa de traficantes. La vida era bella, hacía sol y el vestido que se había comprado la estilizaba mucho. Iban a ser unas vacaciones fantásticas.

A las cuatro llegó Ander a comer. Sorprendentemente, no tenía el aspecto agotado y desganado que le caracterizaba.

—¡Menudo pollo se ha montado! —dijo nada más entrar.

—¿Has comido? —le preguntó su padre sin mostrar mucho interés.

—No, me muero de hambre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carmen.

—¿No habéis visto las noticias? La actriz porno la ha liado en la rueda de prensa. Ha dicho que los amores incestuosos no le parecían tan mal si eran entre hermanos y no había coacción, que a este festival le hace falta una sección de porno, que ya le habían dicho que este era un país muy mojigato, que aquí se follaba poco y no sé cuántas cosas más. Es *trending topic* en Twitter, míralo.

Carmen cogió el portátil y buscó las últimas noticias. Efectivamente, las declaraciones eran provocadoras, aunque hechas con mucha gracia y sin dar mucha importancia al sexo. La actriz parecía tomarse todo aquello como un juego, pero Carmen ya imaginaba cómo iba a sentar en algunos medios que dijera que si la gente practicara más sexo habría menos conflictos y que animara a los jóvenes a empezar cuanto antes para disfrutar durante el máximo tiempo posible.

Sonó el teléfono. Era Miren, que se autoinvitaba a tomar café para ver juntas la polémica rueda de prensa y comentarla.

—¡No empieces a verla hasta que llegue!

—Tranquila —contestó Carmen, ocultando que ya había visto parte de las declaraciones.

Preparó más café y sacó una bandeja a la terraza mientras esperaba a su amiga. A los quince minutos, Miren tocaba el timbre con insistencia. Entró frotándose las manos.

—¡Esto se pone emocionante y aún no hemos empezado! Creo que el obispo de Zamora ha hecho unas declaraciones quejándose.

—¿El obispo de Zamora? —preguntó Carmen incrédula.

—O el de Teruel, no sé, un obispo. Venga, vamos a ver cómo ha sido en directo.

Buscaron la rueda de prensa y se dispusieron a verla. Mikel se sentó con ellas.

La sala de prensa estaba abarrotada. Los fotógrafos se daban codazos para colocarse en primera fila. Las cámaras enfocaban la mesa desde el lateral de la sala esperando que el jurado hiciera su aparición. Por fin, se abrió la puerta trasera y los miembros del jurado se distribuyeron en sus asientos. En el centro, Lidia Mayor, la nueva directora, con un vestido de lino color lavanda sin una sola arruga. Todos los *flashes* se concentraron en un mismo miembro del jurado: Saskia van Hoffter.

—Es tal y como me la imaginaba —comentó Miren.

—Sí, creo que si nos hubieran hecho dibujar a una actriz porno, hubiéramos hecho algo así: sexi, llamativa y un poco ordinaria.

La joven llevaba un minivestido ajustado blanco con dos estrellas de lentejuelas rojas sobre los pezones. Unas botas altas de charol también rojo completaban el conjunto. Tenía el pelo rubio casi blanco e iba muy maquillada.

La directora del festival intentó restablecer el orden para empezar con el turno de presentaciones y preguntas.

“Tendrán tiempo de sacar más fotografías en el *photocall* cuando terminemos, ahora, por favor, si se retiran...”.

—Mira qué cara tan crispada tiene Ana Ponce —dijo Carmen.

—¿Quién es esa? —preguntó Mikel.

—La pequeñita morena, la has tenido que ver mil veces, lleva como cien capítulos en esa serie de después de comer.

—Y hace anuncios de yogur —añadió Miren—. No está acostumbrada a que la prensa no le haga caso.

Lidia Mayor presentó a los miembros del jurado: Ricardo Cereceda, el presidente, era un famoso director argentino con muchas tablas y capacidad de seducción que supo utilizar la fascinación de la prensa por Saskia a su favor.

“Lo bueno de tener a Saskia entre nosotros es que, además de contar con una buena conocedora del cine, ustedes no nos van a hacer ningún caso a los demás y vamos a poder disfrutar de la ciudad, sus vinos y su gastronomía, y ser completamente invisibles”.

Todos rieron y continuó con la presentación de los componentes del jurado: una productora americana con aspecto de ama de casa de los años cincuenta; Nigel Grant —un actor inglés considerado el *sex symbol* del momento—; un director de fotografía chileno; Ana Ponce, la última promesa del cine español; un guionista español; y una directora de maquillaje de mediana edad que parecía muy divertida por la situación.

Pronto, todas las preguntas se dirigieron a Saskia.

—¿Qué puede aportar una actriz de su género a un jurado serio?

—¿Ha pensado rodar en nuestra ciudad?

—¿Con qué actor español le gustaría hacer una de sus películas?

La joven no perdía la sonrisa ni ante la más impertinente de las preguntas.

—Pues esa chica no tiene un pelo de tonta —comentó Mikel.

—Qué va —dijo Miren—, he leído que ha estudiado Filosofía y Antropología.

Luego vino la parte polémica, que comenzó con la pregunta de un joven con rastas.

—Mi pregunta es para Saskia van Hoffter. ¿Qué cree que le sobra y qué le falta a este festival?

Saskia frunció el ceño como reflexionando la respuesta.

—No podría decir que le sobre nada, creo que es uno de los grandes festivales del mundo y mucho más accesible para el público que otros. Faltarle, quizás una sección de porno, que es un gran olvidado en los circuitos oficiales. La gente tiene una visión muy sesgada de este tipo de cine. Habría que liberarse de prejuicios e incluso utilizarlo como material didáctico en la formación de los adolescentes. No cualquier cosa, evidentemente, pero creo que no se ha explorado todo su potencial.

A partir de ahí comenzaron las declaraciones en torno al incesto, en respuesta a la pregunta acerca de la película que inauguraba el festival sobre una relación amorosa entre hermanos.

Las dos mujeres estaban encantadas.

—Aún no ha empezado el festival y ya tenemos ambiente —dijo Carmen.

—Creo que esta tarde deberíamos tomar un café en el María Cristina, a ver qué se cuece —contestó Miren.

—¡Mira que sois cotillas! —dijo Mikel.

—Ya, luego seguro que querrás que te contemos. Pues ni sueñes con una foto dedicada.

—Eso —añadió Carmen—, si pedimos foto será a Cereceda.

Dieron una vuelta y sobre las siete se acercaron al hotel en el que se hospedaban las estrellas. Los cafés no eran baratos, pero merecía la pena por acercarse, aunque fuera de refilón, al glamur.

Se sentaron en el vestíbulo para ver la escalera que bajaba de las habitaciones y comentar todo lo que las rodeaba. De pronto se oyeron gritos en la calle. No se entendía bien, pero parecía gente gritando alguna consigna. Se miraron sorprendidas.

—¿Hemos vuelto atrás en el tiempo? —preguntó Carmen—. Hacía años que no se montaba lío alrededor del festival.

—Es verdad —contestó su amiga—. ¿Te acuerdas el año que robaron la bobina de una película francesa?

—Vamos a asomarnos —propuso Carmen.

Dejaron las chaquetas en la silla para rentabilizar un poco más los cafés y se acercaron a la puerta. Un centenar de personas sostenía pancartas frente a las escaleras. Era un extraño grupo de manifestantes. Muchas mujeres, bastantes jóvenes con aspecto un poco rancio. Las pancartas aclararon la situación. "Defendamos la pureza de nuestros jóvenes". "La pornografía denigra a quien la hace y embrutece a quien la contempla". "Pureza = Alegría". Carmen y Miren se miraron.

—¿Opus? —preguntó Carmen.

—Opus —afirmó Miren—. Pamplona está muy cerca. Vamos dentro antes de que nos hagan rezar el rosario.

—De verdad —refunfuñó Carmen—, si protestáramos tan rápido para otras cosas... Mira, ya me cae bien esta Saskia. Todo lo que irrite a la beatería me gusta.

Su amiga le dio un codazo. Bajando la escalera con un vestido de neopreno rosa fluorescente estaba la protago-

nista del escándalo: la propia Saskia van Hoffter. Vista de cerca parecía muy joven, tenía una piel preciosa y una mirada inteligente y maliciosa. Un joven de la organización del festival se acercó a ella para indicarle que saliera por otra puerta. La actriz asintió, pero le hizo una seña de que esperara y se aproximó a la entrada principal ante el gesto horrorizado del chico. Carmen y Miren se levantaron sin poder resistir la curiosidad. Saskia se acercó a la puerta y saludó como si tuviera una legión de fans aclamándola. Ante los gritos de los manifestantes hizo un amago de bajarse la cremallera del vestido. Después, con un guiño, volvió al vestíbulo. El chico, que parecía al borde del infarto, la condujo por una salida lateral.